

Dentro del laberinto

Víctor Pliego

“CUANDO emprendas tu viaje hacia Ítaca / debes rogar que el viaje sea largo / lleno de peripecias, lleno de experiencias.” Kaváfis escribió estos bellísimos versos pensando en el peligro de los lestrigones y de los cíclopes, pero nunca imaginó tener que pasar por la Terminal 4 del Aeropuerto de Barajas, un laberinto que supera cualquier prueba que hubiera concebido el mítico arquitecto Dédalo. Cada vez que emprendo un largo viaje, me veo danzando por sus confusos espacios. Incapaz de discernir ejes o planos, subo, bajo y cruzo varias veces sus luminosas y desconcertantes naves tratando de encontrar el paso principal, astutamente disimulado, sin frontón, sin columnas ni dinteles que lo señalen. Además, las flechas e indicaciones han sido indudablemente trastocadas por algún trasgo malévol. Solamente la hilera de pasajeros, enredados en interminables meandros, me orienta hacia el buen camino. Tengo que pasar mis enseres así como la americana por rayos X, muy inquieto ante la posibilidad de que hayan inventado tejidos explosivos: he oído que existen bragas comestibles, pero veo que nadie reclama esta prenda a las señoras. Tampoco arrebatan a los religiosos sus muy sospechosos hábitos, aunque miran con desconfianza los biberones de los bebés. Superada esta prueba con paciencia y sumisión, busco alguno de aquellos magníficos paneles murales que antaño indicaban las puertas de embarque. Ahora sólo hay unas pequeñas pantallas planas ante las que se apelotonan cientos de pasajeros, tratando de escudriñar algo con vista cansada y entre achuchones. Otras muchas peripecias y aventuras, que el poeta nunca pudo vislumbrar, aguardan al viajero en la T4. Y el viaje aún no ha comenzado.